

1

La chamarilera

Al calor de la sobremesa se puede derivar hacia los temas más delirantes, y ese día, ya vacías las botellas y las copas, hablábamos con humor de un tema un tanto macabro: de huesos ilustres, nada menos. Eran las fechas en que se removía la fosa de Lorca –o al menos lo que algunos conjeturaron baldíamente como tal–, rodeada de tanta expectación como polémica y preguntas sin respuesta. Corría el mes de noviembre, y la prensa atizaba la hoguera, ávida siempre de carnaza, o carroña, no importaba, mientras sirviera para alimentar el gran circo mediático. Muchos no entendían por qué razón una familia podía no desear que se localizaran los restos de un ser querido, y más cuando las nuevas leyes amparaban la actuación de búsqueda. Mientras, se incendiaba el fervor popular hacia ese fetiche que son los huesos en nuestra tradición cristiana, poblada de reliquias. ¿Por qué nos importan nuestros muertos de esa manera física, somática, visceral?

En la conversación, Javier pedía paz para el difunto, Lluís reclamaba el derecho a recuperar esos huesos, y Menchu se aferraba a la hipótesis, o leyenda ya, sobre la posible apertura de la fosa en aquellos días terribles del 36 por la familia, desesperada, rota ante la tragedia. Una familia que supuestamente habría entregado una suma exorbitante para recuperar al poeta recién detenido, y que cuando llegó la noticia de la muerte, inesperada y brutal, exigió el cuerpo, ya sin vida, y a continuación corrió una cortina de humo para vivir privadamente su tragedia.

Yo, que andaba atareada en un nuevo proyecto sobre arte y violencia, escoraba la tertulia hacia mi terreno, sacando a colación los rumores y leyendas de la España negra y su atracción ancestral por el mundo de ultratumba. Y Javier, nuestro sabio, iba enhebrando la sobremesa con historias más dignas de una noche de difuntos que de un gozoso viernes como aquél.

—Son tantas las historias, que valdrían para todo un tratado sobre esa patología de nuestra tradición. ¿O acaso no es enfermiza esa manía? Pensad en el dedo robado al cadáver de Calderón. Y en los huesos perdidos y encontrados de Quevedo. Y en los de san Juan, diseminados por ahí. Y más macabro: en el brazo incorrupto de santa Teresa, que nuestro tiranuelo custodiaba en su alcoba, y que se llevaba consigo, supersticioso, en todos sus viajes. Rapiña de cementerios...

—Espera, espera —terciaba Menchu—. ¿Qué es eso de los huesos perdidos y encontrados de los poetas? ¿Qué son todas esas historias de ultratumba? Me están dando escalofríos.

–Verás, una falange de la mano derecha de Calderón está en un museo de Barcelona. ¿Que cómo llegó allí? Pues su cuerpo vagó de iglesia en iglesia hasta desaparecer completamente, en torno al principio de la guerra civil. Paradójicamente ese dedo, apartado por fetichismo de su cuerpo en algún momento, es lo único que queda de él. El caso de Teresa de Jesús es mucho más inquietante. Franco requisó a las carmelitas su mano derecha tras arrebatarse Málaga a los republicanos. Pero además la mano izquierda de la santa está en Lisboa, y el pie derecho en Roma.

–Es repugnante –insistía Menchu.

–Bueno, es sólo la realidad. Y en el caso de Quevedo, la historia es mucho más rocambolesca. El poeta muere en Villanueva de los Infantes y sus huesos, según parece, hace mucho que son polvo, o al menos así se afirma en la vieja edición de *Bibliófilos Andaluces*, de hace más de un siglo.

–Eso sí, polvo muy enamorado, como en sus versos –replicó jocoso Lluís. Javier sonrió divertido y continuó:

–Bien, lo cierto es que conviene mucho, en su caso, que haya restos mortales, lo que supondría para ese pueblo publicidad y réditos. Hace un tiempo, la prensa proclamó a los cuatro vientos el hallazgo de sus huesos, y con detalle. Resulta que el ayuntamiento de Villanueva encargó a la Escuela de Medicina de la Complutense esa investigación. Un puñado de científicos se pusieron manos a la obra para analizar los innumerables restos contenidos en una cripta... ¡donde había hasta animales enterrados! Y sólo porque se creía que se habían trasladado allí sus restos desde el convento de Santo Do-

mingo, aunque no hubiera pruebas de ello. Y casi cuatro siglos después de su muerte, ahí está armado todo ese tinglado con una conclusión desconcertante: se identificaron nada menos que diez huesos, ¡diez!, incluyendo los dos fémures. Pero faltaba el cráneo.

–Entonces valió la pena la iniciativa, no sé a qué viene el alboroto –repuso Menchu.

–¡Pero qué dices...! La premisa es disparatada: identifican a un hombre que murió en el siglo XVII sin tener ninguna muestra de ADN. La única pista utilizada es que el poeta era rengo, y como encontraron un fémur que acusaba signos de cierta cojera, buscaron el resto del cuerpo, y ya está armada la farsa. Ahora toca esperar la oleada de turistas y mitómanos. Toda la historia parece una broma del poeta, que tanto escribió sobre calaveras y esqueletos en danza.

–Bueno, hay gente que vive de eso –objetaba Lluís–, ciudades enteras que rentabilizan a sus finados. Mira lo que pasó en París con la Sainte-Chapelle: el rey Luis no-sé-cuántos la hizo construir para conservar las reliquias de la pasión de Cristo, en especial la corona de espinas. Dicen que la compró al emperador de Constantinopla por un precio mayor que el de la propia Iglesia. Quería convertir la ciudad en una segunda Jerusalén, en un lugar de peregrinaje. No me creo que fuera por razones estrictamente espirituales. No olvidemos las rutas turísticas de los cementerios de Montparnasse o Père-Lachaise en París. ¡Hay hasta visitas guiadas! Te ofrecen una tarde inolvidable, acompañado de personajes ilustres que hacen las delicias de nostálgicos y fetichistas: tienes ahí a Visconti, a Chopin, a Molière... Hasta los célebres amantes Abe-

lardo y Eloísa, perseguidos en vida, duermen ahí juntos para la eternidad. En todo caso, tampoco me parece mal que se reclame atención para su memoria. El tema es vidrioso, porque hay muchos casos en que la desaparición de los restos es el resultado de una operación perversa que sólo busca borrar las huellas del pasado...

–¿Sabéis que durante mucho tiempo pensé que Abelardo y Eloísa eran personajes ficticios? –Menchu hacía el comentario concentrada, como hablando para sí misma–. Quiero decir, como Romeo y Julieta. La verdad es que su historia es tan dramática que no parece real.

–Lo curioso en el caso de Quevedo –añadí yo, de nuevo interesada en encarrilar la tertulia hacia ciertos terrenos– es que no encontraran la cabeza, el cráneo.

–Está empezando a oscurecer –repuso Menchu–. ¿Por qué no cambiamos de tema? Esta noche voy a tener pesadillas, seguro.

–Me interesa mucho –insistí–. Porque entramos en otro terreno también muy curioso. Hasta ahora hemos visto cómo la religión se mezcla con la superstición, pero hablamos siempre de grandes talentos, de inteligencias creadoras. Aquí la fascinación va más lejos, y me refiero a cierta moda entre los médicos y científicos del siglo XIX. Hubo verdadera pasión por estudiar los cráneos y cerebros de los genios, que llevó a episodios espantosos. Como el del poeta Rubén Darío, que fue objeto de una autopsia grotesca. El cerebro acabó sufriendo las consecuencias al caer al suelo, os ahorro más detalles. Hay un poema sobre esto. Se titula «Responso por un poeta descuartizado». Es muy bueno, de Efraín Huerta. ¡Y qué me

decís de los cráneos robados de Beethoven y Mozart! La gente es capaz de coleccionar cualquier cosa.

–Oye, Julia –apostilló Javier–, ¿y a qué viene ese interés por los cráneos? ¿En qué andas? A ver, cuéntanos, que ya me tienes intrigado.

–Bueno, estoy trabajando sobre biografías de artistas, y ahora mismo estoy atascada con el misterio de Goya. Quiero decir, con la desaparición de su cabeza. Su cuerpo, sin cabeza, y mezclado con otro, está enterrado en la ermita de San Antonio, en el paseo de la Florida. Bajo esos frescos espléndidos donde sus personajes populares y sus ángeles parecen velar el cuerpo de su pintor decapitado...

–¡Sí! –espetó Lluís, de pronto–. Y yo sé quién tiene la cabeza.

Todos lo miramos atónitos, mientras él sonreía imperturbable.

–La tiene mi amigo Dionisio, que la heredó de su abuelo. La historia está publicada en un viejo periódico, además. Pero mejor, cuéntanos primero qué andas haciendo exactamente.

–De acuerdo, pero a condición de que me pases ese artículo cuanto antes –repuse incrédula–. En fin, la verdad es que hace tiempo que me ronda y me obsesiona este tema, el de la relación tan íntima que hay entre el arte y la violencia, en tantos sentidos. Así que lo propuse como tema de un libro y me lo han aceptado: serán relatos de base histórica. ¿A vosotros no os parece un tema inquietante? Tanta violencia sobre el cuerpo de los soñadores, los custodios de la memoria de todos nosotros.

–Idealizas demasiado –repuso Menchu.

–De acuerdo, lo admito. Pero no voy a hacer épica, ni tampoco vidas de santos. Sólo me dedicaré a pequeños detalles reveladores,

que inviten a reflexionar sobre esa realidad. Es una manera de sacarme de la cabeza esas preguntas. De momento sólo son fantasmas, sombras. No se trata sólo de la violencia en el desenlace vital de estos grandes hombres, sino también en general, de esa violencia ingravida que flota alrededor de esas presencias tremendas, de esas inteligencias creadoras.

—¿Y cómo llegaste a semejante proyecto? —continuaba Menchu, que no lo veía nada claro.

—Pues de la manera más trivial. Todo empezó por un artículo que leí hace como un año en el periódico, una noticia mínima, apenas perceptible, escondida en un rincón de la página. Era la historia de Cioran y una anticuaria. La leí como todo lo demás, pero luego me volvió a la cabeza. Me hizo pensar, mucho. Tanto, que al cabo de unos días intenté recuperarla. Pero no encontré ya en casa el periódico, y tampoco logré recuperarla en internet, ya sabéis que soy bastante patosa en ese terreno. Así que la escribí con mis propias palabras para no olvidarla. A ver si la encuentro, aún la tengo por aquí —comenté, abriendo mi carpeta de papeles.

—¿La escribiste en un papel? Eres más anacrónica que un dinosaurio. ¿Cómo no lo tienes todo en el portátil? Mis alumnos del instituto alucinarían contigo, ellos ni saben ya lo que es el papel —bromeó Menchu al descubrir mi desbarajuste de notas.

—Vale, lo admito. Tengo ya muchos años y muchas canas, y me da pereza cambiar de método. Además los papeles son más dóciles y cariñosos que las máquinas, que al menos a mí, se me rebelan con frecuencia —protesté.

–Pero no puedes vivir de espaldas a la realidad, ¡vives en el pasado! De tanto mirar atrás, a lo mejor te acabas convirtiendo en estatua de sal... –insistió tercamente.

–¿Quieres o no quieres que lo lea? –respondí con sequedad.

–Que sí, venga, no te enfades.

–Bueno. Aquí va:

CIORAN Y LA CHAMARILERA

El insigne filósofo rumano había pasado sus últimos años, viejo y enfermo, en una buhardilla húmeda y fría de la Rue de L'Odéon de París, inmerso en el olvido, en el abandono de su espíritu escéptico. Tras su muerte, en 1995, sus restos fueron conducidos al cementerio de Montparnasse en medio del aguacero y del silencio, de espaldas al glamouroso centelleo que otros asuntos tienen para el común de los mortales. Dos años después, al morir también su compañera, sus herederos se personaron presurosos en aquellas estancias desaliñadas, donde una claraboya aseguraba la conversación con las palomas y la lluvia. Revolvieron entre los objetos humildes, y su cama y su mesa, siempre bajo la mirada atenta de una única bujía, compañera de tantas meditaciones, y de tantas vigiliás. Allí nada había ya, sólo quedaban cosas inservibles, y polvo, y paredes vacías. Los visitantes, decepcionados y molestos por el tiempo perdido en esa visita estéril, se ausentaron a toda velocidad, escalera abajo, y decidieron que lo más práctico sería contratar a alguien que se ocupara del trabajo sucio y limpiara todo para que la vivienda pudiera ser ocupada por los siguientes inquilinos.

Así llegó la chamarilera a los aposentos abandonados, y allí se detuvo, en su acostumbrado ritual, extasiada ante la voz antigua que se escondía en los rincones, husmeando entre cajas, trastos y gavetas. Durante la visita, le había llamado la atención una jarra que había en la alacena, con la inscripción «Simone y Cioran». Simone era precisamente su nombre, y el otro le sonaba de algo, pero no sabía de qué. Después siguió su labor en el trastero que halló en el sótano, sin interesarse por el rumor que su llegada precipió entre las ratas, entregadas a una precipitada huida.

Al día siguiente, en su almacén, examinaba satisfecha los fardos con su cosecha variopinta. Puso sobre la mesa los legajos atados con cordeles corroídos por la humedad, que cedieron de inmediato a sus tirones. La tinta temblorosa de todos aquellos cuadernos revelaba algo que ella intuía importante, y los guardó con celo, mientras intentaba memorizar los nombres escritos en la cerámica repitiéndolos mentalmente: «Simone y Cioran». Sólo se decidió a vender la vieja máquina de escribir, en el Mercado de las Pulgas de Montreuil.

Después, pasaron años. Para ella, el tiempo era una vaga nebulosa que la unía con hilos invisibles a aquellos objetos que siempre la rodeaban. Supo que se iban a subastar unos manuscritos, y decidió llevar su tesoro de papeles para que lo valoraran. Entonces llegó la revelación. Se trataba, sí, sin duda, de un diario inédito y diversos borradores de las obras del filósofo, rescatados milagrosamente del olvido por la vieja Simone. Su venta podría premiar a la chamarilera con un estipendio que aliviara su miseria, aunque la reacción airada de los herederos, que la acusan de robo ante los tribunales, sume el caso en la incertidumbre.

–¿Eso decía el periódico? Menuda historia –Menchu había seguido la lectura con actitud burlona–. Al menos convendrás en que escribir en cuadernos, aunque sea anticuado, tiene sus ventajas a veces –bromeó Lluís.

–Es una versión. Era algo así –protesté–. En este caso, no son huesos, sino papeles escritos, el pulso del escritor, lo que provoca una conmoción. Es otro modo de fetichismo: imaginaos, se pedía medio millón de euros por esos cuadernos. ¡Medio millón de euros! Y aunque aquí tal vez tenga sentido, porque pudiera haber ahí una obra de interés, en otros casos es algo inexplicable, esa pasión por los restos, por los recuerdos.

–Oye, no es tan inexplicable... No me digáis que no os gustaría tener un manuscrito... por ejemplo de Dante –Javier emergía del sopor de la sobremesa después de tomarse su segundo café.

–Bueno, es cierto que los escritores y los artistas despiertan un fervor que roza lo religioso. Tienen algo de figuras tutelares. Son al fin y al cabo creadores, es decir dioses, por supuesto –defendía Lluís.

–Yo no estoy de acuerdo, vivís en el pasado –respondía Menchu–. La única diosa que conozco es la santa televisión, todos se arremolinan a su alrededor para escuchar y venerar sus historias, sus personajes. Esa es la danza de la tribu alrededor de su tótem, hoy por hoy.

–Un momento, un momento –atajó Javier–. No confundamos las cosas. Esa necesidad colectiva de identificarse con historias y personajes existió siempre, con distintas formas: los relatos junto al fuego, las canciones, los cuentos, los novelones para la tarde en

el sillón, no son muy distintos en su función de todo eso que tú criticas. Pero por alguna razón, los grandes creadores calan en lo hondo, se convierten en iconos, aunque sean difíciles de entender a veces. Eso no importa. Simplemente se convierten en símbolos, en fetiches fundamentales. Es algo que va más allá de lo mercantil.

–¿Y por qué no cuentas historias de personas corrientes, Julia? –Menchu no se había rendido, no solía hacerlo–. Además, ¿cuál sería el género? ¿Necrografías?

–Vaya, no pensé que os fuera a preocupar tanto mi proyecto. ¡Y no son historias de difuntos! Son personajes que están tan vivos como nosotros, ¿quién lo duda? ¿No está vivísimo Cervantes? ¿Quién no lo recuerda? Además, ¿qué es la muerte? Apenas una frontera delgadísima que se cruza en una fracción de segundo, y sin regreso. No voy a hablar de eso, no hay tema ahí. En fin, ya dije que lo que quiero es explorar esa extraña alianza entre arte y violencia, y quiero hacerlo a través de fragmentos de historias reales: de pasión, de locura y de muerte. De eso va mi libro. Mejor lo leáis cuando termine.

–No creo que me interese todo ese tráfico de huesos –insistió Menchu.

–¡A mí sí! –repuso Lluís–. Mándame algo por correo electrónico.

–No me apetece, hasta que acabe.

–¡Algo solamente! Y te mando lo de Goya –hizo un guiño.

–Ah, así sí. Acepto el soborno –sonreí.

–Y ánimo con tus huesos ilustres –concluyó él, con una sonrisa cómplice.

Me quedé pensando en sus últimas palabras. Sí, un buen título para mi libro. *Huesos ilustres*.

Aún no hacía mucho frío a pesar de ser noviembre, y el cielo tenía ese resplandor de oro viejo que precede a la noche madrileña. Salimos a la calle y nos echamos a andar rumbo al café del Príncipe. Era el viejo ritual de cada viernes de fin de mes, desde hacía una enormidad de años. Habíamos compartido los tiempos de universidad, ya tan lejanos, en la Facultad de Filosofía y Letras. Y cada uno había seguido después su camino. En aquella época estudiantil habíamos pasado muchas temporadas de trabajo común en el viejo local del CSIC, en la calle Duque de Medinaceli. Desde entonces, adquirimos ese hábito casi sagrado de vernos el último viernes de cada mes, en la taberna Toscana, para comer juntos y compartir la sobremesa, que siempre era más sabrosa que la propia comida: conversábamos de lo divino y lo humano, y reíamos mucho. La verdad es que lo pasábamos bien. Los llamábamos en broma *aque-larres*. Después de la comida dábamos algunos rodeos por los callejones de los alrededores –siempre bulliciosos y atestados de gente– para poder fumar un cigarrillo, y acabábamos en la planta alta del café del Príncipe, donde ya éramos como viejos inquilinos. Elegíamos una mesa junto a los ventanales, y desde allí, mientras tomábamos más vinos y cafés, y algún coñac, veíamos languidecer la tarde sobre el asfalto, que se iba incendiando de rojos, azules y blancos, como si se hubiera tragado toda la luz del día y la fuera revelando al paso de las horas, era un espectáculo hipnótico. Yo aún trabajaba en el CSIC, en la sección de Historia, pero hacía

tiempo que nos habían trasladado a la calle Albasanz, a un edificio moderno de una zona bastante inhóspita, así que disfrutaba especialmente con ese regreso periódico al Madrid viejo. Javier trabajaba hacía muchos años como profesor en la universidad, y Menchu en el instituto Cardenal Cisneros. Lluís, nuestro poeta, para subsistir trabajaba como corrector de pruebas –y como *negro*– en una editorial bastante conocida. Al final de la velada, nos despedíamos hasta el mes siguiente, en que regresábamos al ritual, puntuals siempre.

Esa noche, en lugar de tomar el metro con ellos, preferí seguir caminando hasta casa, un paseo de veinte minutos que me permitía volver a encender otro cigarrillo y disfrutarlo tranquilamente. El metro, además, resulta incómodo en los días fríos: cuando entras se te cubren de vaho las gafas por el calor repentino y quedas a ciegas por unos momentos, es algo que detesto. En todo caso, ese día duró poco la calma que yo buscaba en el zumbido extraño de la noche. Sonó el móvil, insistente, y decidí no contestar, pero al segundo intento respondí, porque ya se me habían dispersado todos los pensamientos. Malditas máquinas. No obstante, al escuchar la voz de mi primo Miguel, me llevé una alegría. Me anunciaba novedades que iban a afectarme mucho más de lo que imaginé en ese momento.

–Van a publicarse las poesías completas de nuestro abuelo –me dijo–. ¿Quieres colaborar? Necesitan a alguien que prepare su biografía. Hay poco tiempo.

En una fracción de segundo se precipitó en mi mente un huracán de imágenes y recuerdos. No de él, de mi abuelo Juan, que

murió cuando yo apenas tenía un año. Pero sí de todo lo que convocaba su nombre a través de mi vida, a través de las historias de mi padre, de sus evocaciones, de su devoción fervorosa hacia ese hombre que yo también aprendí a amar, sin conocerlo, encriptado en fotografías antiguas donde figuraba habitualmente entre libros. Con aquella mirada serena en sus ojos clarísimos, detrás de unas gruesas gafas de concha, y su rostro afable, a pesar de la malandanza, del maleficio que se posó sobre su vida en aquel lejano 1938, y que la dejó a la deriva hasta su muerte. ¿O no fue así? En realidad, poco sabía de él, más allá de un breve libro de poemas que mi padre me regaló cuando acabé mis estudios, y que guardo como un tesoro desde entonces. Me sorprendió su lectura, porque eran versos filosóficos, intimistas, a veces incluso religiosos, muy lejos de lo que podía haber imaginado como escritura de un perseguido político. Y no dejaba de ser irónico todo. Justo después de la conversación de esa tarde, precisamente en ese momento... Le respondí que lo llamaría al llegar a casa y colgué.

Seguí paseando, ahora con el pulso acelerado. Una extraña inquietud me embargaba, los recuerdos se alborotaban en torno a esa ausencia que fue mi abuelo Juan, siempre tan presente en nuestras vidas a pesar de su muerte temprana, y de sus silencios. Esa presencia tutelar que todos nombraban en casa era mucho más que un recuerdo, latía en nuestras vidas, se ramificaba en nuestra sangre, y desde allí parecía hablarnos todavía. Era un derrotado, sí, sabíamos de su melancolía y de sus fracasos, pero también de sus sueños, de su corazón enorme, de sus versos. Al llegar a casa, me dirigí a la bi-

biblioteca y detuve la mirada en esa vieja fotografía suya que ocupaba el estante junto a mi escritorio, sobre la chimenea. La mirada intensa y triste, de una transparencia que ahonda el blanco y negro de la imagen, con el rostro prematuramente envejecido, surcado por arrugas que más hablaban del dolor que del tiempo que allí las había ido dibujando. Sus dedos angulosos dejaban adivinar unos huesos largos y finos; sujetaban un cigarro, y un vaso que parecía aminorarse entre esas manos grandes que parecían querer volar. Un vaso de whisky, tal vez, o así lo imaginé siempre.

Esa imagen era índice de su anclaje real, cotidiano, con el alcohol que lo calmaba, y sin embargo no impedía que todo él, su corpulenta estatura, su sonrisa triste, respirara esa templanza que imantaba. Siempre me había acompañado a pesar de que no lo conocí, o al menos no lograba recordarlo. Mi padre me había contado que Juan solía sentarme en sus rodillas y que yo me quedaba ahí, absorta, detenida, escudriñando el pañuelo que ocultaba la herida de su garganta desde hacía muchos años. Él no me hablaba –no podía– y sin embargo yo permanecía ahí, sosegada, embargada por esa extraña calma que él irradiaba. Como ahora, que miraba su retrato junto a mi escritorio, cuando alzaba los ojos cansados del trabajo, y me gustaba encontrarme con esos ojos, me confortaba esa dulzura, tal vez por la costumbre, por la memoria de aquellas historias que en mi infancia lo nombraban una y otra vez, hasta hacerlo parte de mí misma. Y ahora debía escribir la historia de ese hombre sin historia, olvidado, condenado al presidio del silencio, de las paredes del hogar, de la miseria cotidiana, por las trampas del infortu-

nio. La historia de una figura casi fantasmática, casi irreal, de la que me habían llegado apenas dos objetos materiales, tangibles, como dos pruebas de su existencia. ¿Reliquias? Tal vez. La primera, ya pulverizada por el paso de los años, está sin embargo intacta en el recuerdo: fue mi primer juguete, y en algún lugar de mi cuarto y luego de mi memoria estaba siempre ella, la primera muñeca, que tenía una rara singularidad, en especial en esos años lejanos. Y es que era negra, una preciosa muñeca negra, a la que aprendí a llamar desde mis primeros balbuceos, Negrita, y aún me parece verla con su vestido rojo de lunares blancos y el pañuelo anudado en la cabeza, allí sobre mi cama. Tanto la debí de vapulear en mis juegos que acabó rota y sin ojos, y mi madre se ocupó de llevarla a restaurar. Volvió con ella nueva y resplandeciente, pero yo la recibí desdeñosa, porque sus ojos, antes de miel, ahora eran azules –como los tuyos, Juan– y me resultaba incómoda como una desconocida, hasta que poco a poco volvió a su lugar de noche sobre mi almohada, para ahuyentar brujas y pesadillas. Ahí seguía cuando abandoné la isla para ir a estudiar a Madrid, y entonces comenzó a desaparecer, a borrarse, comida de humedad y de olvido, para quedar sólo en mi memoria –como tú, Juan.

Con el tiempo llegaría a mis manos el otro fetiche. Mi padre me entregó, con el fervor con que se hace entrega de un talismán sagrado, esa antología de tus versos, publicados póstumamente. Su título, tan decidor –*En el silencio grave*– me sobrecogió. De nuevo ese silencio clamoroso que todo lo llenaba, en esas páginas que bebí al instante, con esa escritura que me hablaba otra vez de ti, y que de

pronto me traía tu voz, al fin te escuchaba, y tus palabras no tenían sonido pero sí tenían música, ese ritmo palpitante alentado por un corazón encendido, como una brasa en el centro del hogar. Y yo me estremecía ante el milagro de tu voz sorda, al fin tu voz, ronca y a la vez suave, con esa noble entereza, dialogando con el tiempo, y también con la muerte, abriéndole la puerta para que tomara asiento en casa como un miembro más de la familia. Ella, la enemiga, la ladrona, la intrusa a la que hacía tiempo esperabas, mientras sembrabas tanto amor, y yo no entendía cómo podías, raro Midas, convertir el dolor en belleza, el fracaso en belleza, la desolación de la despedida definitiva en belleza. Pero allí estaba ese manantial que cantaba y rodaba, domeñado por la forma estricta, ritmos y rimas y acentos que templaban su ímpetu y lo contenían con esa secreta grandeza que vibraba en su cauce y en la que siempre me gustó detenerme. Y ya sé, ya sé que algunos dicen tantas cosas de ti, que la desidia, que el alcohol, pero qué saben ellos, corazones grises y ciegos.

Aceptaría el encargo, estaba decidido.

A la mañana siguiente, después del café, fui directamente al ordenador a buscar el mensaje de Lluís sobre las peripecias goyescas: allí estaba, puntual –lo sabía–, enviado la madrugada anterior. Mientras lo imprimía, volvió a sonar el teléfono, de nuevo desde la isla: esta vez era el coordinador de la Dirección General del Libro. Me puso al tanto de todo, mientras yo lo escuchaba inquieta por la magnitud del encargo, por mi propia impaciencia, y sobre todo, por la creciente curiosidad que me embargaba, y que galopaba ya en mis sie-

nes, donde sentía que latía mi pulso desbocado. Supe entonces que Miguel había heredado de nuestro abuelo varias piezas de teatro en verso que permanecían inéditas desde hacía medio siglo, y que había estado tocando distintas puertas en busca de editor, sin éxito, hasta que lo encontró a él. Yo, por supuesto, ignoraba la existencia de esos manuscritos, y de otras sorpresas que iría descubriendo. Bueno, algo tal vez intuí en algún momento. Recordé de pronto aquel día de la infancia, en que jugábamos y reíamos, y en un momento dado mi primo soltó, alzando el dedo índice: «¡Pollo! Si fuera gallo... – Lo que haría me lo callo». Tendríamos catorce años o así. Yo me quedé perpleja y le pregunté de dónde venían los versitos, y él no le dio importancia, dijo que de nuestro abuelo, de una obra que había en su casa, y siguió dando saltos por allí. Me hizo tanta gracia que se me quedó grabado en la memoria, y ahora me encajaba con todo. El coordinador resultó ser nieto de un amigo de Juan, también poeta: ambos eran integrantes de una generación que se tragó la guerra, pero siguió latiendo, como Jonás en el vientre de la ballena, en aquellos escritos diseminados por archivos dispersos.

–Ya sé que podrías preferir que se ocupara algún otro historiador, sin vínculos con el personaje y con más distancia. Pero hay poco tiempo y tú, por tu parentesco precisamente, tienes mucho terreno allanado. Tienes sólo un año para preparar el libro, luego llegan las elecciones y no se sabe qué pasará con el nuevo equipo –concluyó, casi como una amenaza.

–De acuerdo –dije con un hilo de voz. Colgué, abrumada por esos hallazgos que tocaban directamente a mi sangre. Tal vez había

llegado el momento de abrir también esa fosa imaginaria, y escuchar los secretos que guardaba. Muy bien: un año. Intenté serenarme, pensar en esto como un proyecto más, y mantener la distancia necesaria para preparar con el debido rigor ese encargo, pero las preguntas se agolpaban, se me clavaban como mínimas agujas por doquier, me dolían casi físicamente, y el fulgor de cada pinchazo convocaba nuevas preguntas. Llamé rápidamente a Miguel buscando un asidero, no sabía cómo empezar. Él, siempre risueño, me confirmó que tenía una maleta donde había, además de piezas teatrales, dibujos, apuntes y notas. Bien, ya sabía cuál era el punto de partida, tenía que tomar un avión y plantarme en la isla, para ver todo aquello y sobre todo entrevistar a los testigos que quedaban. Era la única manera de comenzar a abordar una biografía que de momento era sólo una página en blanco, y cuyo protagonista estaba privado de voz, no sólo a causa de su muerte, sino también de otras circunstancias que después referiré.

Ya tenía todo decidido y podía concentrarme en el trabajo. Debía volver a mis tareas, distraerme de esa nueva obsesión. Volví al envío electrónico de Lluís: un prolijo artículo publicado en 1943, que prometía «dar fe de la postvida de Goya, de la prestidigitación de sus huesos, de las andanzas de su calavera». Caramba, qué buena pinta. Lo empecé a leer con atención, era realmente interesante. Antes de que la lectura me atrapara, decidí enviarle, a mi vez, ese algo prometido. Elegí la semblanza del poeta Villamediana, que titulé «El caballero y la muerte»: de poeta a poeta...

Madrid, domingo, 21 de agosto de 1622. Son las 11 en punto de la noche y todas las campanas se precipitan para cantar la hora del Ángelus. Su repiqueteo se alza sobre la voz de la multitud, que hormiguea bulliciosa, tras el letargo de otra tarde plomiza bajo el sol inclemente del verano. La sombra ha vestido al cielo de ese color de cobre que sucede al crepúsculo, y es entonces cuando tu carroza avanza por la calle Mayor con el paso rítmico y sordo de los cascos de los caballos. La gente se aparta respetuosa y se detiene a mirarte quedamente. Y murmura: «mira, es don Juan de Tarsis, el conde de Villamediana, el correo mayor del rey». Eres el hombre más amado y envidiado de la villa, y el poeta más osado de la corte. Todos recuerdan cómo escarneciste con tus versos iracundos la corruptela del último gobierno, y eso te corona como un hombre íntegro, más allá de tus andanzas y locuras, y tus exhibiciones más o menos teatrales. A tus cuarenta años cumplidos, tu galanura y tu ingenio son casi una leyenda, y también esa magnanimidad tan tuya, que cantó incluso Miguel de Cervantes, nuestro manco insigne: «Este, que sus haberes nunca esconde – pues siempre los reparte o los derrama». Eres el galán más apuesto, el gran seductor de la corte, y tus gestos son siempre extremados. Te gusta vestir tu corcel blanco con oro y plata, comprar los mejores caballos y las mejores piezas de arte, y también mofarte de los ritos de los beatos. Amas la belleza, y más aún, el riesgo y la aventura. Sabes descuartizar un toro a cuchilladas, y también sabes agujinear a los poderosos con tus versos de imperiosa insolencia. Truhán y caballero, mujeriego y galán, mordaz e irreverente, eres tan conocido en las tabernas y burdeles madrileños como en el mismo

Palacio, de donde ahora vienes, sosegadamente, adormecido por ese resonar hipnótico de los cascotes contra el empedrado de la calle. A tu lado está sentado don Luis de Haro, hijo del marqués de Carpio, y sobrino del conde duque de Olivares. Está inquieto y como absorto. Él no quería ir contigo, se excusó repetidamente, pero tú insististe gentil. No sospechabas sus secretas razones. Al pasar por la Puerta de Guadalajara, don Luis, nervioso, se quiso apearse, pero tú no le dejaste. Tu sentido de la cortesía no te permitía dejarlo ir solo, querías acompañarlo. No podías imaginar siquiera lo que él ya sabía: que la muerte te estaba rondando, que te acechaba desde muy cerca, que te esperaba como una amante, la más fiel y enamorada.

Tampoco quisiste escuchar los avisos de los que querían salvarte. Tal vez te imantaba ese abismo de la otra orilla. O quizá creías que nada podía vencerte. Y cuando el confesor de don Baltasar de Zúñiga te advirtió que corrías peligro, tú reíste burlón y altanero. Ni siquiera prestaste atención a los versos escritos en ese billete anónimo que llegó en los últimos días a tus manos, y que te advertía: «Mas si a Dios no respetáis – no sé qué fin pretendéis – porque en la vida que hacéis – en peligro cierto andáis...». Nada te importa, eres aún joven y también sabio y fuerte, y cuentas con la amistad del rey, ese rey casi adolescente que precisa de tus consejos, de tu experiencia, más aún que de los de tu rival, el conde duque de Olivares. Ese rey que necesita de tu complicidad en sus correrías amorosas, y de los versos cautivadores que le escribes, para que se los ofrende a su amante, doña Francisca de Távora. El mismo rey que te acogió a tu regreso del destierro, decretado por el duque de Uceda para castigar tus versos satíri-

cos. El mismo que te había devuelto el cargo de correo mayor de España y de Nápoles, y que incluso te había nombrado gentilhombre de la reina. Pero tú cometiste el desliz más grave: te prendaste de ella. Sí, estás enamorado hasta el tuétano de esa hermosa francesa llamada Isabel. La amas con un fervor casi doloroso –tú, que siempre habías hecho gala de tu cinismo– y ella te tolera como hombre de talento, y se deja querer en la distancia, mientras tú le escribes tus versos estremecidos: «No he menester ventura para amaros – ... de vos no quiero más que lo que os quiero». Y eran muchas las mujeres que compartían tu lecho, porque te amaban o porque las pagabas, pero todas eran ella: siempre Isabel, solamente Isabel en todos los ojos, en todos los susurros de amor, en todos los cuerpos que guarecían tus noches y que poblaban tus sueños.

Tú sabías que habías llegado al límite pero no te podías rendir ni resignar, no podías someterte a ese silencio que te ahogaba, necesitabas proclamar a todos tu verdad, y temerario, apareciste en aquella fiesta de la Plaza Mayor con tu traje cubierto de monedas, de reales de a ocho, y el lema escrito de tu perdición: «Mis amores son reales». El revuelo fue enorme frente a tu fingida avaricia, frente a tu fingida inocencia, y los ojos y oídos del conde duque acechaban desde todas partes. Pero tú no te podías detener ahí, pobre poeta enamorado, necesitabas ir más lejos, una fuerza ciega y desmedida te impulsaba.

La oportunidad llegó pronto: el 15 de mayo último, en las fiestas de Aranjuez, se celebraba también el cumpleaños del rey, y tú ofreciste tu casa, tu hacienda y tu pluma para la ocasión. Escribiste una comedia para rendirle homenaje, y en ella parti-

cipaba su amante portuguesa, Francelisa, a la que hacías recitar versos de amor al Sol de España. Agasajaste así a Felipe IV, tu rey adolescente, y a la reina le otorgaste un papel mudo pero muy elocuente: Isabel era Venus, la diosa de la belleza y del amor. Invertiste más de treinta mil escudos en la tramoya y todo el vestuario, y no te importó arriesgar tu casa cuando hiciste prender fuego a un rincón del escenario –un siervo fiel se ocupó de cumplir la orden– para poder tomar en brazos a tu diosa y salvarla del incendio, huyendo por una escalerilla. Eso fue todo, esos minutos colmaron tu dicha temeraria y firmaron tu sentencia...

Ahora, mientras avanza tu carroza, en tus ensoñaciones aún puedes sentir el perfume y el calor de Isabel, su abrazo de aquella noche como el de un niño asustado, su pecho agitado por la angustia en aquellos breves minutos inolvidables. No hubo más, pero Olivares está en todos los ojos y en todos los oídos, y al fin ha conseguido el arma letal para la venganza. Porque son muchas las sátiras que le has dedicado, y él jamás perdona a un enemigo. Y es también mucha la envidia de tu poder y tu carisma, y tú ya tienes sin saberlo los días contados. Todos te quieren, los reyes y el pueblo, y eso tiene un precio muy alto, sin duda. Otros antes ya probaron el filo de ese odio del favorito: lo conocieron el duque de Osuna y el de Uceda, ambos muertos en la cárcel. También Rodrigo Calderón, degollado en la plaza pública unos meses atrás, ante el espanto de todos. Nada cede ante su ambición demoledora. Pero tú eres tan arrogante como ingenuo, y no te das cuenta de nada, estás ciego de amor y sólo piensas en Isabel, en ese olor intenso de su piel sedosa y en sus

ojos azorados, mientras avanza tu carroza hacia tu desgracia. Todo está ya escrito: son las once en punto y el carruaje llega a la encrucijada entre la calle de San Ginés y la de los Boteros. Tú no has querido escuchar las voces amigas que querían alertarte, llegas descuidado y a pecho descubierto a tu última estación, y de pronto un desconocido que sale del portal de los Pellejeros manda parar el coche, y se abalanza sobre ti, y con una estocada brutal de ballesta te atraviesa el costado izquierdo hasta el nacimiento del brazo derecho, y te rompe de lleno el corazón. Toda tu sangre se precipita al arroyo desbocada, la herida es tan ancha que cabría un brazo en ella. La gente se aproxima espantada a ayudarte pero tú apenas tienes ya un hilo de vida, quieres echarte sobre el asesino con la mano sobre la espada, pero te desplomas, porque tu cuerpo se ha vaciado de un golpe en ese instante atroz. «Esto es hecho, confesión...», musitas, y te llevan en volandas a tu casa, y allí expiras ante el dolor consternado de todos los que se aproximan. El matador ha huido, ayudado por un puñado de hombres más. Nadie sabe quiénes son, nadie les detiene ni les persigue, nadie osa quebrar el silencio, y tú, pobre amante vencido, eres enterrado esa misma noche en un ataúd de ahorcados traído con prisas desde San Ginés. Y es que no hay tiempo para construir una caja a la altura de tu rango, hay mucha prisa para cubrirte con el polvo del olvido, y para eso está ahí el duque del infantado, que es hombre de Olivares: para vigilar que todo se cumple según las órdenes que vienen de lo más alto, de ese rey débil, manejado como un títere por sus perros guardianes. Tu cuerpo estragado es trasladado al panteón de tu familia, en el convento de San Agustín de Valladolid, y sólo queda el silencio,

y tu sangre que acusa a tu asesino sin palabras, y todos los ojos que todo lo vieron en medio del silencio. Sólo los poetas se atreven a alzar la voz, y don Luis de Góngora, tu amigo, escribe tu epitafio: «Mentidero de Madrid, – decidnos ¿quién mató al Conde?; – ni se sabe, ni se esconde... – la verdad del caso ha sido – que el matador fue Bellido – y el impulso soberano». Sí, el impulso fue soberano, y el silencio un decreto.

Nadie sabrá nunca quiénes fueron los brazos ejecutores. Se rumorea que el matador ha sido Ignacio Méndez, convertido después por Olivares en guarda mayor de los Reales Bosques. Según otros, el matador fue Alonso Mateo, balletero del rey. Pero nunca se sabrá nada más sobre ellos, un velo de silencio los protegerá para siempre: por orden de Su Majestad, las diligencias para hallar a los culpables son canceladas, el culpable último no puede ser descubierto. De ninguna manera. Como si se pudiera silenciar al viento, o al mar, en su clamor sordo.

Pero tú, pobre poeta burlón y enamorado, pobre amante del corazón roto, no moriste ese día. Ese 21 de agosto de 1622, a la hora del Ángelus, simplemente naciste, ahora en la leyenda, para cantar una y mil veces tu historia de amor amargo. Muchos años después, los que abrieron tu sepulcro descubrieron que tu cuerpo estaba incorrupto. Se había vaciado en un instante, aquella noche, y había quedado así, inmarcesible, como detenido en el tiempo. Salve, caballero, amante vencido y sin embargo victorioso. Salve, caballero del amor eterno.